



Al celebrar el año litúrgico en la Iglesia doméstica, las familias desarrollan tradiciones y encuentran a Cristo en su hogar.

El año litúrgico en casa

¡Hola!

Cuando se trata de transmitir la fe a nuestros seres queridos, enfatizamos con toda razón, la participación regular en la misa. Durante la misa, somos transformados. Nos convertimos en el Cuerpo de Cristo y luego salimos al mundo para serlo: sanar lo roto, portar la paz que rebasa todo entendimiento a un mundo en necesidad desesperada, llevando luz a las tinieblas.

Las celebraciones de fiestas y temporadas... son oportunidades para ver cómo Dios ha actuado en la historia.

Esta transformación sucede no sólo estando en la iglesia. Pensemos en las palabras de Jesús: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy allí, en medio de ellos” (Mateo 18:20). Así, no es sólo cuando nos reunimos para la misa que experimentamos la presencia de Cristo. Desde sus primeros días, la Iglesia se configuró en la casa, la iglesia doméstica, porque ése era el lugar primordial de santificación y encuentro. Esto nos parece obvio, pues para crecer en algo, uno debe desarrollarse, poco a poco, practicándolo. ¿Dónde tenemos más oportunidades de practicar el perdón, la compasión, la

misericordia y el amor que con las personas que están a nuestro lado día tras día?

Una parte de dicho crecimiento es celebrar la fe más allá del templo. Celebrar fiestas y temporadas, sea con formas ostentosas o simples, muestra que las transformaciones que experimentamos en el curso de una vida de discipulado son gozosas. Son oportunidades para ver cómo Dios ha actuado en la historia y para comprender lo que Dios opera en nuestra vida ahora. Además, las celebraciones en el hogar nos permiten ver la hermosa diversidad de personas, iluminadas por Cristo, y que gastan su vida como don para dar vida al mundo.

A las personas les gusta tanto lo familiar como lo nuevo. Esto lo encontramos en los ritmos del año litúrgico: la oportunidad de relación con Aquél que es eterno y siempre nuevo, el Dios de la Vida. Las celebraciones en el hogar, ordenadas hacia el año litúrgico, son un lugar de encuentro. Esperamos un postre especial, una oración favorita o un canto que la familia comparta en un día en particular; recordamos nuestras tradiciones con gratitud. Nuestras tradiciones también nos ayudan a comprender la forma en que otras personas de fe se expresan. Por ejemplo, podríamos aprender de un amigo judío, cómo celebra el sábado (*sabbat*), y notar las similitudes y diferencias entre sus devociones domésticas y las nuestras, todas orientadas en una dirección: el lento trabajo de crecer en amor a Dios y al prójimo.